

Diálogo con una dominica

“YO TRABAJE CON EL CHE”

EL convento segoviano de las Dominicas es un caserón oculto, en la solana de una plaza cuadrada. Más allá se levantan casas blasonadas, alguna con traza de palacio al que le faltan ya, sin duda, los interiores. Pasa la furgoneta de un vendedor ambulante de tejidos; y antes de llegar al portalón de las monjas me adelanta, todavía, un arriero.

El locutorio es muy ancho, con alfombra espesa. Hay en las paredes cuadritos y motivos góticos. Han barnizado recientemente la reja; y brillan los barrotes, con la luz que entra por las ventanas.

Aparece en seguida, del otro lado.

—Sí, le han dicho bien. Yo conocí al Che, yo trabajé con él.

Es una cubana menuda, de treinta y tantos años. Su cara es muy seria, su acento muy de allá. Antes ha mirado despectivamente para mi cuaderno. Pero no lo excluye, me señala una mesuca pulida y me deja tomarme mi tiempo. Nos sentamos en butacas oscuras e iguales. Se dispone a hablar metiendo sus manos muy en reposo entre los hábitos.

—Usted comprenderá: ahorita mismo, mi ideal político, social, y no digamos religioso, no tienen nada en común con los del Che. Pero he de ver las cosas como son. Lo que pueda decirle, desde este convento de Castilla, son asuntos muy lejanos.

—¿Dónde conoció usted al Che?

—Yo estudié Ciencias Económicas y luego comencé a trabajar en el Ministerio de Industria, del cual era él el ministro. Yo trabajaba en un consolidado electrónico. Eran los tiempos flamantes de la Revolución. Luego estuve trabajando en Construcción y Montajes, en el mismo Ministerio. Permanecí más de un año en cada una de esas secciones, así es que tuve ocasión de conocer bien al Che a través de los Planes de Trabajo.

—Pero, personalmente...

—Sí, desde luego. Aunque yo no despachaba muy directamente con él, lo veía todos los días en el elevador, todos podían verlo, o platicar con él, o hacerle interrogaciones. Llegaba el Che a una horita temprana, siempre a la misma, trabajaba cada día junto a todos. Y trabajaba sin parar, inspeccionándolo y estudiándolo todo.

—¿Cómo era? Su aspecto, su estilo quiero decir, aparte de las fotografías que conocemos.

—Tenía el rostro muy serio, era difícil verlo sonreír, hablaba llanamente, no subiendo nunca la voz. Y un largo tabaco en la boca, casi siempre. Y con la camisa militar, la boina y la estrella. Padecía asma, necesitaba a cada paso uno de esos inhaladores. «¡Oye, Che!», le

decíamos, en la escalera o así; y él respondía de inmediato. Bajaba al comedor donde todos comíamos, y se sentaba en la primera silla que encontraba vacante. Solía salir a tomar el café con los braceros, y cualquiera de ellos podía llamar en la puerta de su despacho, o esperarlo junto al tarjetero, de mañana.

—Antes ha mentado usted los Planes de Trabajo de su Ministerio. ¿Cómo fue la actuación del Che en ese campo?

—Encuentro que tuvo fallos importantes. Se traían a Cuba las plantas completitas, desde los paí-

ses socialistas; se compraba desde el montaje, todo, todo, hasta un año de producción, con técnicos importados. Esas inversiones que hizo en equipos de montaje representaban un gasto enorme. Y luego resulta que no disponíamos de materia prima para muchas de las industrias, habíamos de comprarla a la Unión Soviética, Checoslovaquia, etcétera. Así es que estábamos prácticamente atados. Usted va a interrogarme qué sucedía con el producto terminado. Bueno, pues no tenía salida en el mercado, porque esos mismos países socialistas van y lo venden mucho más barato. Y el único mercado eran los países socialistas. Usted recuerda los duros bloqueos que se apretaron contra Cuba. A España le habíamos mandado azúcar, tabaco, cosas de esas de nuestro rico suelo.

—¿Y cómo fue su trabajo en el Banco Nacional?

—La actuación del Che como presidente del Banco Nacional de Cuba, créame, fue genial, si bien no pueda yo darle datos técnicos. Usted sabe que una de las preocupaciones suyas era devolverle al dinero su mero valor de intercambio, quitarle el diablo de la degradación de personas y cosas. Usted recuerda, acaso, que en mil novecientos sesenta y cuatro, en Ginebra, en la Conferencia sobre Comercio y Desarrollo, dijo ya lo que ahorita se oye un poco decir: que los compradores desarrollados rebajan de continuo el precio y el esfuerzo humano de los vendedores subdesarrollados.

Suena un esquilón, con ecos de bóveda, y la monja corta de súbito su decir, que estaba siendo susurrio. Queda casi distante, como si ya no se le diese un ardite de todo eso.

—Firmaría al Che los billetes, el dinero, como es de suponer. ¿Cómo firmaba?

—«Che». Eso mismo, sólo.

Al esquilón le responde otro, y me animo a proseguir:

—¿Sabe usted mucho de las guerrillas?

—Sí lo justo, habiendo vivido nuestra historia.

—¿Quién fue el cerebro de las guerrillas: Fidel o el Che? ¿O hubo más de un cerebro?

—Apunte usted en ese cuaderno mi pequeña verdad, si lo desea. La guerra de guerrillas la organizó el Che Guevara, porque en un principio Castro de guerrillas no sabía nada. Desde luego, hay que contar con que el Che se había entusiasmado con los cubanos

—Por ejemplo, aunque entremos en la anécdota.

—Los discursos de Fidel eran de horas. Fidel cogía un cajón, se subía encima, y yo he visto a miles de personas en la plaza de la Revolución de La Habana estar gritándole «Fidel» hasta tres cuartos de hora de mi reloj, medidos. Tenía esa gracia. Los discursos del Che eran muy concisos, fríos, racionales, cada uno en función de su tema. Fidel se iba a cortar caña y lo seguía la prensa y la televisión: «Fidel ha cortado tantas cañas en tantos minutos». El Che se iba a cortar caña, y de hecho acostumbraba a ir a la zafra y a las fábricas todos los fines de semana, y no se enteraba nadie, salvo los testigos. Fidel ha sido un chico con muchos problemas familiares desde pequeño; se había educado con los jesuitas; a veces usaba dos relojes y gustaba de enseñarlos a la gente. En un principio su revolución no fue roja, sino «verde como las palmas», en frase suya. El Che quiso subvertir el orden social de la América latina. Fidel llamaba burro a Kennedy, y dibujaba un burro en las esquinas poniendo Kennedy debajo —la monja se ríe por vez primera—, y se quedaba tan fresco. El Che decía cosas contra los Estados Unidos muy fuertes, poniendo los puntos sobre las íes, de una manera muy fina. Y no olvide la expectación que entre todas las delegaciones americanas despertó la cubana, a cuyo frente iba el Che, en la conferencia de Punta del Este, en el Uruguay. El Che era un dialéctico.

—¿El Che no era un líder también?

La dominica queda pensativa. Por la calle pasan unos muchachos del pueblo, quizá unos estudiantes, rasgando una guitarra y cantando no sé qué tonadas; de Hispanoamérica, de alguna tierra; a menos que sean guajiras, precisamente. Sus sombras hacen un poco de cine en el techo del locutorio.

—No sé hasta qué punto. O era un dirigente de cierta clase, yo no entiendo cómo decirlo. Era un reformador. Y actuaba dentro de una mística.

—Hábleme de algunas reformas concretas.

—Diré las que recuerdo. Teníamos comedores obreros inmejorables. Todos comíamos lo mismo, una comida de muy buena calidad, pero no todos pagábamos lo mismo, sino que había tantos por ciento de acuerdo con los sueldos, de tal manera que quien más ganaba más pagaba. Comiendo todos lo mismo, como he dicho.

Queda ella un poco pensativa, sin sacar las manos de debajo del hábito. Todavía se oye un poco del rasgueo de la guitarra, por entre

Pedro F. Cocero

los palacios que se arruinan y los blasones con polvo.

—Muchos, o casi todos, de los nuevos sistemas sociales que fueron implantándose habían sido ideados por el Che. En una pequeña isla, no recuerdo ahora si por Guacabide, una isleta desierta, los trabajadores de la industria que cometían algún acto punible, o que no cumplían, o que eran perezosos, o que se equivocaban por falta de interés en el trabajo, eran recluidos y allí se les tenía un tiempo en proporción a la falta o la omisión, y luego eran reintegrados al trabajo. Era preciso actuar y trabajar rectamente. Y nada de pereza.

—¿Así de pura era la Revolución?

—Yo no lo diría en un sentido general. Me ha referido ahora al Ministerio de Industria, su departamento. La isleta que digo era un lugar para su propio Ministerio exclusivamente. No era nada jurídico, ni penal, ni nada, era tan sólo un correctivo que hacía de hecho más exacta la norma administrativa, la norma laboral. A veces podían ir a esa isla hombres sin gran culpabilidad, sino sólo por omisiones, por falta de entrega de sus facultades a la misión que les fue encomendada.

—¿Y qué puede decirme del Che en relación con la Universidad?

—Estaba interesadísimo en promover el estudio. Hacía mucho hincapié sobre esto, y especialmente sobre los jóvenes. La mayoría del personal del Ministerio tenía horario de estudiantes, instaurado por él, un horario especial: trabajaba menos horas a fin de asistir a clases en la Universidad, sin merma ninguna del sueldo. Además, promovía sin cesar cursillos diversos en el propio ámbito del Ministerio.

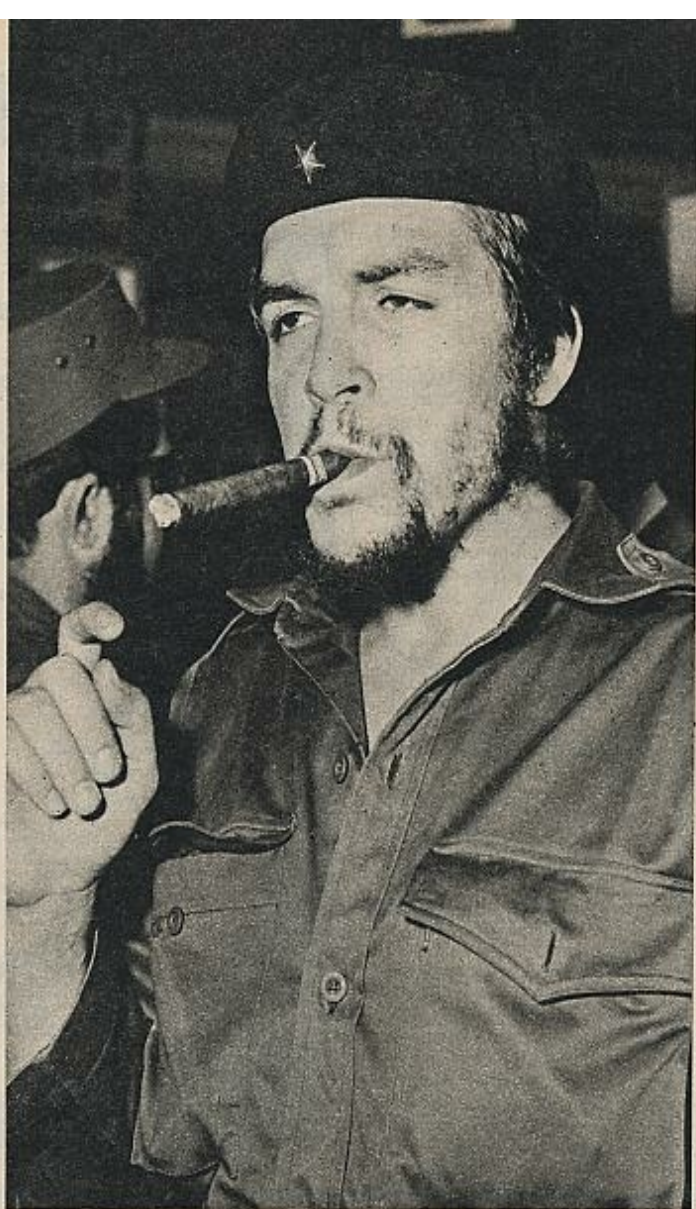
—¿De qué clase?

—Primero, de enseñanza en general; y en seguida cursillos técnicos, específicos y demás. Y pocas al extranjero, el Ministerio dio muchas. En las plantas que él montó, casi todo el personal especializado salía fuera y luego se reintegraba al trabajo con nuevos conocimientos. Durante el tiempo que esos hombres estaban fuera, se les pagaba todo el sueldo, a fin de que las familias no pasasen estrecheces.

Entra sin hacer ruido una monja tallada —la despensera, quizá— y por el espacio que queda bajo los barrotes me sirve sobre la mesa un vaso de vino blanco y un plato de cerámica azul, con bollos. Se va luego como llegó.

—Y fíjese, antes del jaleo tenía yo un profesor particular negro, una eminencia. ¿Por qué no podía ese hombre impartir sus clases en los centros oficiales? Y, sin embargo, el profesor titular, de cara muy blanca, era casi lerdo. El Che terminó con todo eso.

—Usted sabe —digo luego— que nuestro lenguaje padece ahora un sarpujido de términos ingleses, o



«El Che se iba a cortar caña, y, de hecho, acostumbraba a ir a la zafra y a las fábricas todos los fines de semana, y no se enteraba nadie, salvo los testigos».

yanquis, si lo prefiere. He oído decir que en Cuba sucedía así y que en gran parte se debe al Che la purificación de la lengua española, ¿es cierto?

—Al erradicar todo lo que pertenecía a Estados Unidos se arrastró también con los vocablos yanquis. Hubo un discurso muy extenso de Fidel, una ley simultánea del Gobierno, y de la noche a la mañana, así, de una manera frenética, carteles, publicidad, televisión y radio tiraron por los suelos todas las palabras inútilmente inglesas. Por el contrario, se instauró como obligatorio el estudio del inglés en los planes universitarios. En Económicas estudiábamos el inglés comercial.

Quedamos unos segundos en silencio. Dice de repente:

—¡Ah! El Che también persiguió hasta el exterminio las películas de crímenes y de pandilleros, los «comics» de los supermanes de la violencia, todo eso servido al mundo por los Estados Unidos.

De nuevo hay un silencio. Y digo:

—Algunos han dicho de su intransigencia,

—Yo, desde la distancia de los años, y desde la distancia ideológica que de él me separa, siendo yo monja de clausura y él ateo, él comunista y yo anticomunista por completo, creo que esa «intransigencia» no era más que uno de los muchos valores que aquel hombre tenía. «Yo, para cumplir esto, no puede permitir esto, y esto, esto»; ésa era su intransigencia.

—Me gustaría saber cómo vivía, y cómo era su casa, si usted lo sabe.

—Vivía del modo más sencillo, en una casa corriente, con un coche pequeño que usaba para ir a trabajar. Cumplía con lo que predicaba, no como otros. Porque podía suceder que algunos jefes revolucionarios, después de predicar la reforma agraria, el tener coches pequeños y necesarios, reforma de la vivienda y sólo la necesaria, se les viese en coches grandes, se supiese que tenían tres casas, y así sucesivamente. El Che, no. Y como le he dicho antes, los fines de semana se iba a hacer un trabajo físico a las fábricas o la zafra. Quería saber cómo funcionaba todo,

y vivir cada problema, desde abajo mismo.

—Pero, ¿y el pueblo, respecto a esos revolucionarios de las tres casas y los coches largos?

—Indignarse. Dese cuenta: la dictadura de Batista, antes el gobierno tan malo de Prío, y antes aún la dictadura de Machado. El pueblo cubano había quedado ya harto.

—¿Conoció usted a la familia del Che?

—Su mujer, Aleida, era maestra. Vivía cerca de mi casa, unas cuerdas más allá. Fue una guerrillera y ellos se conocieron en el Escambray. La vida del Che, fuera del trabajo, era para su familia, como pasa con cualquier tipo de lo más corriente. Eso sí, ya sabe usted que los revolucionarios de verdad, cuando suena la hora, ponen la revolución antes que la familia. Y así hizo Ernesto Guevara, en mil novecientos sesenta y seis, cuando abandonó definitivamente Cuba y se fue para Bolivia, a pelear.

Se me ocurre de repente, oyendo de nuevo tañer ese esquilón, que la monja habrá de irse al rezó de sus horas.

—No se preocupe, tengo permiso de la madre, aquí estoy el tiempo que sea menester.

—Y dígame —apunto entonces—, ¿qué hizo el Che respecto de la religión?

Piensa un poco. Y dice: —Concretamente el Che, no sé. La revolución, en general, se había valido de las esferas religiosas, en el principio. En tiempos de Batista, el clero vivía bien, estaba amparado por el gobierno. Pero empezaron a ensancharse las disidencias contra el régimen de hombres aislados, de grupos, de comunidades, dentro de la Iglesia. Se llegó así a un estado de cosas. Conozco a personas que huyeron del régimen de Batista con visado conseguido a través de organizaciones religiosas coordinadas por monjas. Organizaciones de éstas había que por sí mismas estaban capacitadas, o delegadas por la Panamerican, a través de las autoridades yanquis en Miami, para dar los visados. Persona que se colocaba bajo la protección de esas comunidades, persona que lograba irse para los Estados Unidos. Así salieron muchos estudiantes, intelectuales y demás. Y luego, el arzobispo de Santiago de Cuba, y el de La Habana, ayudaron mucho a Fidel Castro. Lo ayudó el clero, escondiendo incluso revolucionarios, aportando medicinas.

—Así es que...

—No se precipite. Así es que Castro, que había vivido esa situación, se cuidó mucho de neutralizar esos poderes, para que no se reptieran, y esta vez en contra suya. Pero no combatieron las prácticas religiosas. En cuanto al Che, era ateo, ya lo sabemos.

—¿Y el pueblo cubano, respecto de la religión?

—«Sí», a Dios; «sí», en clara manera, a la Iglesia; «no», al cura.

«YO TRABAJE CON EL CHE»

El pueblo es anticlerical. Le estoy hablando de entonces, naturalmente, ahora no estoy en la isla y no me valen los testimonios de las personas que vienen de allá y me visitan: son partidistas, respiran por la herida. En todo lo demás, esos visitantes no son dados a ideal alguno ni a sufrir sacrificios.

—Bueno —prosigue tras una transición—, el gobierno siempre ha sido laico. Y las creencias son un tanto primitivas, el espiritismo y todo lo demás. ¡Ah!, y usted veía a los comunistas proclamarse ateos en la calle y luego ir a encenderle una velita en casa a la Virgen del Cobre, o a la de la Caridad, ¿cómo se explica?

Ríe la monja, sin mover sus hieráticos brazos en cabestrillo del hábito. Y en seguida me da envidia de Alejo Carpentier, que sabe escribir recursos del método de ultramar.

—Ellos tenían respeto por sus fiestas religiosas. El Jueves Santo, el Viernes Santo, eran días de sosiego y silencio, mesura y no bullanga, todo paralizado. En contra de lo de acá.

—¿Cómo? Explique, por favor.

—Llego acá, sabiendo que los españoles son mucho más católicos que los cubanos, y me quedo sorprendida al ver que todos los católicos de Madrid se van los días santos de jolgorio para Benidorm.

—¿A dónde van esos días los cubanos, ahora?

—A tumbar caña —la monja esboza una leve sonrisa—. Fue la manera que Fidel, el Che y los dirigentes idean para erradicar ese sentido reverencial que antes digo de la Semana Santa. De cualquier modo, cuando yo salí era un trabajo voluntario. De cualquier modo, cantaban y reían mientras cortaban.

Vienen luego unos segundos de silencio, porque no sé cómo formular la pregunta que estoy queriendo hacer desde el comienzo.

—Usted... —empiezo.

—¡Todo aquello está para mí tan lejano! Mi familia fue siempre católica, de una fe muy profunda, y practicaba. Cuando yo era estudiante y cuando estuve en la revolución, yo era socialista, anticlerical.

Se sonríe levemente. Y añade:

—Ya ve ahorita mi condición. Y en muchísimas cosas no estoy, no puedo estar de acuerdo con la ideología de Fidel y del Che. Trato sólo de darle mi versión de ellos como personas, extraída de aquellos tiempos en que los conocí. Recuerdo a muchos otros tipos extraordinarios, íntegros a carta cabal, unos comunistas y otros no, ateos todos. Desde aquí admiro sus valores, pero en el presente estoy en otro plano.

—¿Qué pasó con usted, si me lo permite?

—Experimenté el fracaso de mi

fe en la praxis. A mí me faltaba un componente, una esfera que para otros puede no ser básica, quizá, pero que para mí lo es: la creencia en algo que está por encima de los reveses de la sociedad.

Viene sobre nosotros un nuevo silencio. Las sombras y la luz sesgada, en esta pieza doble cuya anchura es acentuada ópticamente por la reja, crean una atmósfera estática.

—Antes dijo usted: «El Che actuaba dentro de una mística». ¿Quiere desarrollar esa frase, por favor?

—Está claro, la mística del futuro. La mística del trabajo, para una sociedad que él estaba seguro de no llegar a conocer en su vida. Y había inculcado éstas en muchos de sus colaboradores. Escuche esto: conocí a un hombre que literalmente se mató trabajando, y así lo certificó el médico. Se propusieron unos planes que había que cumplir y ese hombre se dejó la vida en el empeño, era un jefe de una sección con uno de los salarios más bajos en su categoría, ya que el Che, después de subir los salarios más bajos hasta cierto nivel, congeló todos los otros en tanto se estableciese una escala salarial justa en ámbito nacional, y esto llevaría años. El tipo en cuestión había sido elevado a jefe por sus dotes personales, sin aumento de retribución. Si te hacían jefe por tu moral de trabajo y tus conocimientos, no te aumentaban el salario. «Si tú tienes este salario, pero descubrimos que vales para aquello, en aquello debes trabajar»; esto produjo unos jefes de sección extrañamente responsables.

No sé qué cotejos puedo hacer, ni a dónde mirar. Me pongo a contar los baldosines aquellos, al filo de la alfombra.

—Y una vez escribió a sus hijos que hiciesen siempre suya cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier lugar del mundo.

Dos filas de quince baldosines, blancos y negros, hasta la pared.

—¿Por qué renunciaría a su alto cargo, a su ciudadanía cubana, el argentino Ernesto Guevara? ¿O tuvo problemas? ¿O era un aventurero?

Me mira, extrañada.

—Un solo país no le bastaba. Y en el mío nada tenía ya que hacer. Su sueño no era ser ministro, ni presidente de ningún Banco nacional, ni siquiera jefe de Estado de ningún país. Comprenderá usted que para un tipo como el Che todo eso es bien poquita cosa, como cosa y como sueño.

Antes de despedirme, la dominica me muestra el sobre de una carta. El sello ha sido emitido por Filatella Cubana: la efígie del Che, al fondo, y en primer plano un ave fénix renaciendo de sus cenizas, en la América latina. ■ P. F. C.

EC

Novedades

NINO QUEVEDO

Las cuatro Estaciones

JOSE BERGAMIN

Mangas y Capirotos

ESTEBAN TORRE

Averroes y la Ciencia Médica

BERTRAND DE

JOUVENEL

El Principado

JUAN MALDONADO

La Revolución

Comunera

VOLTAIRE

Ensayo sobre la

tolerancia

EMILIO OROZCO

Sentimiento y paisaje de la Naturaleza en la poesía española

Edición de

M. PEREZ LEDESMA

El pensamiento socialista español a principios de siglo

C. SANCHEZ-ALBORNOZ

Vascos y Navarros en su primera historia

PEDRO

ANTONIO DE ALARCON

Diario de un

testigo de la guerra de Africa

EDICIONES DEL CENTRO

EDICIONES PENINSULA

Provenza, 278 BARCELONA-8

novedad

MISERIA DE LA ECONOMIA

J. G. Beramendi

E. Fioravanti

1 DEL MARXISMO CIENTIFICO AL MARXISMO DOGMATICO 2 EN BUSCA DEL RIGOR PERDIDO

El lamentable estado en que se encuentra desde hace tiempo el análisis de la realidad económica mundial, estado que justifica ampliamente el título de este volumen, lleva a los autores a una crítica sistemática de toda la economía política anterior, desde los clásicos a las escuelas y autores más modernos. El resultado de esta crítica es el planteamiento de una serie de problemas esenciales para la cabal comprensión del capitalismo contemporáneo: la reformulación de los conceptos de mercancía, valor de cambio y ganancia; el papel real del valor en una economía monopolista; el eterno problema de la evolución de la tasa de ganancia; el proceso de internacionalización del capital y de las relaciones de producción, y la consiguiente génesis del capitalismo monopolista internacional; el papel de los Estados nacionales y del capital público en este proceso; la verdadera naturaleza de los regímenes llamados «socialistas»; la cuestión del capitalismo dependiente y del «intercambio desigual», etc.